

Completando recuerdos de Gustavo Pittaluga

En un trabajo que publiqué recientemente sobre la personalidad de don Gustavo Pittaluga, aparecido, por desgracia para mí, en el número con que suspendía su publicación, sin avisarme de ello, la revista *Nuevo Índice*¹, toqué de soslayo tres aspectos, creo que vitales, de aquel gran maestro de la medicina y de la intelectualidad española; y voy a hacerlo ahora, en esta revista que tantas conexiones tiene con la América hispana en la que falleció exiliado.

Uno es el de las amistades de Pittaluga. Como es lógico, éstas suelen reflejar las características de la personalidad humana, de los sentimientos y afectos y del modo de pensar, porque la amistad es el más fiel exponente de la compenetración entre los hombres. Otro, el de la actividad de Pittaluga en el Ateneo de Madrid, que puede servir, pasados los años, para comprender mejor sus inquietudes en el terreno cultural, social y político; el Ateneo era por los años que Pittaluga lo frecuentó, 1906 a 1936, el hervidero en el que se cocían todas las banderías de esos tres campos y donde se ponían de relieve los vaivenes que sacudían al país. El tercero, directamente empalmable con el anterior, se centra, con más precisión, en la actuación política del gran personaje.

1. Las amistades

Pueden señalarse bien los principales ejes alrededor de los que giró el sentimiento amistoso de Pittaluga. Aparte de otras relaciones familiares o de otro tipo hay que destacar, por orden en el tiempo: los doctores F. Huertas Barrero (gran internista de Madrid), A. Mendoza, C. Sala, J. Ubeda y M. Fañanas, y, por encima de todos, como aglutinándolos, a Santiago Ramón y Cajal, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y los asiduos a su *Revista de Occidente* (sobre todo Blas Cabrera, Luzuriaga, Ramón Gómez de la Serna, Fernando Vela y Antonio Marichalar), Teófilo Hernando, Roberto Novoa Santos y Luis Jiménez de Asúa; y, por supuesto, sus discípulos.

Muy en primer lugar debo mencionar a don Santiago Ramón y Cajal, que le acogió a su lado muy poco después de llegar a España y que propuso, como en aquel artículo señalé, el nombramiento de Pittaluga para Jefe del Servicio de Infecciones

¹ Nuevo Índice. Año II, n.º 14. Madrid 1983.

del entonces Instituto Nacional de Higiene, que Cajal dirigía, y para otros puestos, entre ellos la misma cátedra de la Facultad de Medicina de Madrid. Las palabras impresas de Cajal que allí cité confirman esa amistad quizá reforzada porque Pittaluga fue mediador en los roces con Golgy, en calidad de traductor de la correspondencia explicativa de las ideas de Cajal. Recuérdese que Cajal recibió el Nobel en 1906 y que Pittaluga empezó a trabajar en los departamentos de Cajal desde su llegada a España en 1903.

La amistad con las familias de Marañón y Ortega fue profunda, en muchos aspectos íntima; y encadenada, además, por la que disfrutaban entre sí los hijos de las tres familias. Estas hicieron juntas muchos viajes y coincidieron en unos u otros lugares; tiene buena iconografía testimonial privada Miguel Ortega Spottorno. Para sus viajes, Pittaluga se solía documentar antes sobre las tradiciones y los hechos históricos, tomando después notas que conservaba para hacerlas reverdecen en el futuro. Relaté en el otro trabajo la descripción que en Colonia me hizo de todos los detalles histórico-artísticos de la ciudad, con especial referencia a la catedral. Los hijos de Marañón y de Ortega me han relatado cosas de sus convivencias viajeras y de los almuerzos familiares conjuntos. Una de las fotografías que reproduzco², muestra el descanso campero de una excursión con la familia Ortega. Hay muchas pruebas fehacientes de esas amistades. Siendo ya miembro de la Real Academia de Medicina Gustavo Pittaluga, fue éste quien encabezó la propuesta para el nombramiento de Gregorio Marañón y quien pronunció el discurso de respuesta, tan afectivo como encomiástico. Y la compenetración entre ambos se demuestra en el hecho de que cinco o seis académicos fueron propuestos inicialmente por Marañón y Pittaluga juntos.

En cuanto a la amistad con Ortega, no sólo se tradujo por las relaciones familiares; también por la colaboración de Pittaluga en la *Revista de Occidente* (el primer artículo de Pittaluga en ella fue una bellísima descripción literaria de un viaje por Yugoslavia), sino por su presencia, desde el primer día, en la tertulia de alto nivel cultural que en el local de la publicación tenía cobijo. Ortega disfrutaba oyendo a Pittaluga encandilarse en la discusión de algunos temas porque era uno de los más cultos asistentes, y quizá también el que más crudamente enfrentaba su opinión con la de los demás. Ortega se regodeaba asimismo con la pronunciación pitalluguesa de las erres y de las eses. Fernando Vela me contó, y me lo corroboró Antonio Espina, que en una ocasión y en presencia de todos los restantes tertulianos Pittaluga osó decir a Ortega: «Eso que usted dice, querido Ortega, es inaceptable...» Y Ortega, con aquella sonrisa meliflua y bondadosa, admitió el reproche, sin enfadarse.

El único día que yo visité el local de la *Revista de Occidente* de la Avenida de

² Una de ellas procede del Archivo del Dr. Miguel Ortega Spottorno amablemente cedida por él para este trabajo. La otra, que llega a mi poder a través de Dña. Guadalupe García de Quevedo, lleva al pie una dedicatoria al Profesor Florestán Aguilar, entonces director de la Escuela de Odontología y médico-dentista de la Casa Real.

Pi y Margall número 7 en los años treinta, llegué cuando los tertulianos se marchaban y oí a Pittaluga rebatir un argumento de Ortega a propósito de la significación histórica de la revolución bolchevique (lo he citado en otro lugar) y pude comprobar que éste respetaba la opinión de aquél con tanta simpatía como aceptación de su autoridad. Por otros que acudían a aquella reunión (Vela, Espina, Marichalar) pude saber que a Ortega le interesaban las ideas de Pittaluga sobre casi todos los temas; decía que Pittaluga era un hombre «neta y doblemente mediterráneo, por nacido en Italia y por asentado en España».

Otra demostración de la amistad entre ambos se encuentra en el dato de que Pittaluga fue una especie de intermediario cuando alguien, acaso él mismo, propugnó la fusión política del grupo de Ortega (Agrupación al Servicio de la República), con el partido de Acción Republicana que encabezaba Manuel Azaña; fusión que no llegó a realizarse.

Animador, como Ortega, de todos los movimientos artísticos juveniles, Pittaluga asistía a todas las exposiciones o recitales —su hijo Gustavo fue un excelente compositor de vanguardia— y estuvo unido en amistad con Ramón Gómez de la Serna. Yo ví a Pittaluga por primera vez en Pombo, en el asiento contiguo al de Solana, y al despedirse dijo a Ramón que se llevaba los bolsillos llenos de greguerías. Pittaluga acompañó algunas veces a Ramón en recorridos por el viejo Madrid, y puede que a las informaciones de éste se debieran los grandes conocimientos que Pittaluga tenía de los Barrios Bajos y del Madrid de los Austrias, con los que tantas veces ilustró a sus discípulos en la Facultad en los paseos consecutivos a las cenas de confraternidad de su escuela. Disfrutaba hablando de los reyes godos que en piedra rodean la plaza de Oriente.

La amistad con Teófilo Hernando debe de ser parangonada con las recién citadas, conocida la que a éste último unía con Marañón y Ortega. Fue también buen amigo y admirador del gran maestro Roberto Novoa Santos, formidable ensayista también, en cuya conferencia sobre Santa Teresa estuvo presente cerca de mí. Fue muy amigo de los médicos de Barcelona y especialmente adicto al fisiólogo Luis Sayé, en cuya casa solía permanecer cuando viajaba a la capital catalana. Este catalanismo afectivo de Pittaluga se sustentaba también en el hecho de que varios años veraneó en Arenys de Mar y en Sitges; en esta última ciudad mantuvo muy cordiales lazos con Miguel Utrillo y con Ramón Casas. Este último le hizo el maravilloso dibujo que acompañó a mi trabajo anterior. Más adelante comentaré la amistad con Luis Jiménez de Asúa.

2. En el Ateneo

Pittaluga debió hacerse miembro del Ateneo de Madrid a finales de 1905 o comienzos de 1906, pues ya en este último año pronunció la conferencia inaugural de un importante curso que fue uno de los grandes hombres del Ateneo lo demues-